

1ª edición 2010

© Argelia del Carmen Montes Villalpando

© Miguel Ángel Flores Gutiérrez

*Edmundo O'Gorman una voz de la historia*

©Cecil Crawford O'Gorman

Imágenes de interiores (págs. 50, 52 y 53)

©Derechos reservados

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000, México

<http://www.uaemex.mx/>

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
-incluyendo el diseño tipográfico y de portada- sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito de la Universidad Autónoma del Estado de México

ISBN: 978-607-422-070-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

## PENSAR LA HISTORIA<sup>1</sup>

EUGENIA MEYER

*Universidad Nacional Autónoma de México*

Apenas cuatro años antes de su muerte, al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Iberoamericana, Edmundo O’Gorman escribió un texto que podemos considerarlo su testamento intelectual:

[...] una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieran no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad: una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana, la narrativa litera-

---

<sup>1</sup> Texto leído el 17 de octubre de 2006 en la Jornada de Homenaje a Edmundo O’Gorman en el Centenario de su Nacimiento, evento realizado en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Apareció como “Edmundo O’Gorman: la historia imprevisible” en *Boletín del Fondo de Cultura Económica*, México, noviembre de 2006.

ria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores: una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que el foco de la comprensión del pasado no opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable (O’Gorman, 1991: 52).

Ni más ni menos. Pero ¿cómo llegó a este pronunciamiento, tan intenso y ambicioso? Para explicar tal convicción, resulta imperativo echar un vistazo a su vida y a su obra, que dan cuenta de un propósito fundamental: “alcanzar el supremo objetivo de la felicidad” (Fernández, 1968: 13).

Sin duda el historiador se plantea una interrogante ontológica: ¿a qué aspira el hombre? A partir de ahí logra un pensamiento lógico y congruente que lo lleva, a lo largo de muchos años, a definir la naturaleza de la vida humana y a perseverar en una vida mejor para sí mismo. Ciencia y tecnología deben servir al hombre para que la felicidad sea asequible. ¿Cómo?, valiéndose de los instrumentos de la técnica y las profundidades del pensamiento, y así convertirse no sólo en el amo del universo, sino en el amo de sí mismo. Es decir, el proyecto vital de todo ser humano debería procurar la conquista de la inocencia que, sin duda, podría conducir a la recuperación del paraíso perdido.

La hazaña personal y social de este hombre tan singular, que conjugó admirablemente talentos, compromisos y pasiones como jurista, filósofo, historiador y maestro por excelencia, arranca el 24 de noviembre de 1906 en el seno de una familia con raíces irlandesas y mexicanas, “nada vulgar”, como dijera Justino Fernández (1968: 13), el amigo de toda su vida. La madre, Encarnación O’Gorman Moreno, descendiente del primer cónsul británico en

México, encauzó a sus hijos Juan, Edmundo, Cecilia y Tomás hacia las actividades intelectuales. El padre, Cecil O’Gorman, un ingeniero minero que llegó a México en el ocaso del siglo XIX, se dio tiempo para encontrar su verdadera vocación de pintor y heredar a su familia la pasión por el arte y el sentido estético.

En 1928, Edmundo O’Gorman se graduó en la Escuela Libre de Derecho. Quienes fuimos sus alumnos le escuchamos decir que luego de una década de ejercicio, considerada notable por su agudeza y pericia, se hartó de divorciar parejas y de atender frivolidades y casos mundanos. Abandonó la práctica jurídica. Como era un gran lector de historia y literatura, decidió incursionar, quizá sin tenerlo muy claro, en lo que sería su razón de vida: la historia, en la que abrevó para buscar la felicidad que tanto pegonaría en el futuro.

Llegó con apenas 31 años al Archivo General de la Nación (AGN), en donde permaneció durante casi tres lustros. Ocupó un modestísimo puesto de historiador “c” y, apenas seis meses después, recibió su primera promoción y fue nombrado Jefe de la Sección de Historia, en sustitución de Luis González Obregón, recientemente fallecido.

Dejó el Archivo en 1952 y, tras de sí, una gran cantidad de artículos, más de medio centenar —56 para ser precisos—, que publicó al compás de sus descubrimientos e investigaciones en el *Boletín del Archivo General de la Nación*.

Al novel investigador le interesaba, por sobre todo, el pasado colonial y aprovechaba cualquier oportunidad para recorrer los caminos de esa época y visitar monumentos del siglo XVI. El propio Justino Fernández contaba que el entusiasmo por los monumentos y la vida novohispana los llevó a una experiencia monacal, y durante ocho días ocuparon unas celdas del convento de Acolman:

Llevamos catres plegadizos, cobijas, linternas, libros, papel y plumas; lo demás lo improvisamos: unas tablas eran las mesas de trabajo. Nos impusimos por regla desayunarnos muy temprano, trabajar todo el día, comer a las cinco de la tarde y acostarnos apenas caída la noche. Estudiamos el monumento con detalle, nos intrigaba qué partes de él eran la primitiva, la posterior y la última. Edmundo especulaba sobre todo ello, mientras yo dibujaba el mural de Santa Catarina en la capilla abierta. En algunos ratos libres leíamos la *Vida interior*, de Palafox, o el *Santo Tomás*, de Chesterton. La experiencia nos gustó, pero no la resistimos por mucho tiempo (1968: 14).

Después, ambos emprendieron la aventura de convertirse en editores. Empezaron por publicar obras pequeñas de poesía, luego varios libros que, incluso, contenían una viñeta con color puesto a mano. Y centraron sus esfuerzos en Alcanía, una editorial doméstica en la que ellos hacían y le dieron cabida a todo: poesía, historia, literatura y filosofía. Apareció entonces su *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España* (1937). La experiencia, aunque muy aleccionadora, resultó un total fracaso económico.

Casi en forma simultánea, O'Gorman publicó su *Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía de México* (1937),<sup>2</sup> como parte de las conmemoraciones por los 25 años de la creación de la Escuela Libre de Derecho, en 1937.

Aquella fue una época decisiva para O'Gorman, en lo personal y lo profesional, por su encuentro trascendente con la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, primero

---

<sup>2</sup> Puede verse la edición corregida y puesta al día en Porrúa.

como estudiante, y a partir de 1940, como profesor. En el viejo edificio de Mascarones entró en contacto con intelectuales mexicanos como Antonio Caso, y especialmente con José Gaos, el transterrado, quien a partir de sus cursos sobre Descartes, y tras encauzar a sus alumnos a la lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger, orientó al que ya apreciaba por su capacidad intelectual y advirtió, tiempo después, como “un historiador con una conciencia harto filosófica de su actividad, el historiar” (Gaos, 1968: 19).

De hecho, José Gaos fue quien con mayor acierto y precisión se adentró en la obra de O’Gorman, entendida como la afortunada mezcla entre la filosofía de la historia, la historia de las ideas y la historia en general. Todo ello permitía al mexicano profesar una ontología dualista de las esencias, propia de los entes *históricos*, a diferencia de los *no históricos*, probando con ello, a fin de cuentas, que los hechos de la historia pueden ser objeto de ideas, pero que éstas también son entes históricos (1968: 39).

Ya inmerso en el quehacer histórico, O’Gorman se arrogó en la que sería su guerra personal por muchos años: el combate tenaz a la historia positivista o científica que dominaba el medio de entonces, y se propuso conquistar un territorio ciertamente excluyente, y hasta intolerante, que proclamaba a los cuatro vientos una pretendida objetividad e imparcialidad. Ello sucedía al tiempo que se vio inmerso en las arenas movedizas y complejas de la lucha casi iconoclasta entre hispanistas e indigenistas.

En 1948 presentó su examen para obtener la maestría en Filosofía con especialidad en Historia y el 12 de septiembre de 1951 obtuvo el doctorado. Apenas un año más tarde se incorporó como profesor de carrera en la propia Facultad que lo había formado y ahí permaneció el resto de su vida.

Por casi medio siglo, hasta su muerte, en 1995, O'Gorman desarrolló una intensa, fecunda y creadora vida académica, cuyos frutos son variados y muy importantes. Se topó, quizá sin proponérselo, con una veta formidable al *reinventar* a los cronistas de la Conquista y la experiencia colonizadora, a partir de su prólogo a la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta en 1940, seguida por un sinnúmero impresionante de estudios introductorios y verdaderos ensayos filosóficos e historiográficos de autores como Fray Servando Teresa de Mier, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Cervantes de Salazar, Pedro Mártir, Antonio de Solís, Fray Toribio de Benavente (Motolinía), Fernando de Alva Ixtlixóchitl, Fray Bartolomé de las Casas, por citar sólo a unos cuantos.

Fue también un pensador estudioso, disciplinado y acucioso crítico de los primeros historiadores, prueba de ello son sus espléndidas ediciones de *Los nueve libros de la historia* (Herodoto, 1971) y de la *Historia de la guerra del Peloponeso* (Tucídides, 1974). Junto con ellas, celebramos sus impecables traducciones a obras clásicas de Locke, Hume, Adam Smith y Collingwood. Todo lo cual, como preludeo a su encuentro con el ser histórico de América, le permitirá incursionar en el fascinante proceso cognoscitivo del llamado Nuevo Mundo, y dio como resultado las obras: *Fundamentos de la historia de América* (1942), *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), *La idea del descubrimiento de América* (1952) y, para cerrar el ciclo con broche de oro, *La invención de América* (1958).

Contundente y combativo, O'Gorman habría de tener sesudas polémicas (Ramos, 1968: 49-67): una primera con Lewis Hanke (O'Gorman, 1949) en torno a uno de los personajes que estarían presentes a lo largo de su oficio de historiador, Fray Bartolomé de las Casas. Muchos años más

tarde, aquellas reflexiones servirían de sustento a una de sus más importantes disertaciones, la que apareció como estudio preliminar a la *Apologética histórica sumaria* (De las Casas, 1967).

Sostuvo otro debate, aunque fallido, con Silvio Zavala, en un Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia, que tuvo lugar en marzo de 1945. Los dos historiadores se enfrascaron en una discusión sobre los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador. Como consecuencia, la Sociedad Mexicana de Historia los convocó a una sesión-duelo bautizada como “Consideraciones sobre la verdad en historia”, a la que acudirían otros distinguidos historiadores, a manera de padrinos. Zavala invitó a Rafael Altamira y a Domingo Barnés; O’Gorman a José Gaos y a Ramón Iglesia. La reunión estaba emplazada para tres meses después, el 15 de junio de 1945. Por uno de esos misterios, que también caracterizan a la historia, Zavala se ausentó del país, “sin que hubiese pedido a ninguna de las dos personas designadas por él, que lo supliesen en ese formal compromiso que había contraído” (O’Gorman, 1945: 180).

Y si bien el duelo programado no se llevó a cabo en la reunión prevista, O’Gorman tuvo la posibilidad de sugerir la creación de un instituto que fuera, a la vez, “escuela y registro del pensamiento histórico vivo, reflejo y a la vez portavoz de las inquietudes espirituales de nuestros días” (O’Gorman, 1945: 182).

En su texto, O’Gorman recupera los elementos de la imaginación y la inventiva creadora como esenciales para la historia. Con ello, puso al descubierto la profundidad de su pensamiento sobre el oficio de historiar y el compromiso que adquiere el historiador frente a los hechos. Se trataba,



qué dudarlo, de reconocer la importancia de los datos, de las investigaciones acuciosas, pero también de asumir que la mera erudición farragosa y estéril, la “letra muerta”, como él la llamaba, no son suficientes. Se requería de una tarea mucho más dinámica, más comprometida, de buscar y ahondar en las razones que mueven a los hombres. Hacía falta revisar los rastros del pasado, esas fuentes que daban motivo a un diálogo permanente entre el acontecer social y el individual, para luego construir una historia que se humanizara a partir de la propia inventiva del historiador.

Era, a fin de cuentas, una confrontación entre dos tendencias: la científica positivista y la historicista. Y con ello, como tema central, moverse en los límites del subjetivismo, del individualismo en la interpretación histórica.

Para O’Gorman era menester entregarse e incluso poner en riesgo la vida intelectual, el propio ser moral de quien interpreta los hechos. Es decir, el historiador asume como un imperativo involucrarse de manera total con ese pasado, para así, y sólo así, comprendernos, correr el riesgo de una entrega absoluta.

Sostuvo una tercera polémica, de calidad y sustancia, con Marcel Bataillon (1953), sobre la *Idea del descubrimiento de América*, que le permitió a O’Gorman aprovechar la oportunidad para volver, con gran placer, al reto nada despreciable de poner sus conocimientos y su enorme capacidad filosófica para el debate al servicio de sus argumentos (O’Gorman, 1954a). Se trató, sin duda, de defender sus tesis con respecto al acontecimiento de 1492 y la aparición de América en el seno de la cultura occidental que, a fin de cuentas, involucraba la manera como se concibe el ser de América y el sentido que ha de concederse a su historia, frente a la censura del intelectual francés que insistía en que O’Gorman, de hecho, había caído en tesis contradictorias.

Bataillon defendió la forma tradicional de analizar e interpretar la hazaña colombina, como también el uso que se ha dado a la importancia de la leyenda o, quizá, al mito que los cronistas españoles crearon en favor de la empresa real. O’Gorman, en cambio, insistió en que el uso que se hizo de dicha leyenda fue diverso y discutible y, sin embargo, ello no invalidaba el hecho de que la leyenda era, finalmente, una forma de interpretar la hazaña del almirante genovés.

Cualesquiera que fueran los motivos o las formas de O’Gorman para enfrentarse a las críticas o disensos, lo importante sin duda era la posición que tenía ante la historia; la pasión con que defendió la historicidad de los hechos y esgrimió la defensa del historicismo como verdad y razón de vida.

Pero no sólo América fue el sujeto de sus desvelos y dedicación. México, en su diversidad inagotable, lo llevó por las sendas de la vida colonial y, con ello, al criollismo (O’Gorman, 1970), así como al culto de la Virgen de Guadalupe (O’Gorman, 1986), las vivencias independentistas o la figura y hazañas de Miguel Hidalgo (O’Gorman, 1964), las experiencias e incursiones de liberales y conservadores que les permitieron mirar hacia Europa o Estados Unidos en la búsqueda de modelos y formas de vida política para sentar finalmente las bases de una “América Mexicana” (O’Gorman, 1969); o bien a la revolución de Ayutla (O’Gorman, 1954b), que sentó las bases liberales para emprender el camino por toda la segunda mitad del siglo XIX.

Fue entonces cuando O’Gorman, en una reflexión profunda, logró uno de los textos más significativos, por cuanto la comprensión de la historia de México como un todo, indisoluble e incuestionable. En *México, el trauma de su historia* (O’Gorman, 1997), fiel a su prédica de que “los

temas deben nacer del hígado”, hizo a un lado la erudición y la “devoradora pasión por los hechos”, prescindió del fastidioso uso de notas y aparatos críticos que rayan en el exceso de la cientificidad, y se dispuso a realizar un análisis íntimo del proceso de la identidad mexicana, como unidad fundamental de nuestra historia.

La suya resultó en una originalísima interpretación del pasado de México, que le venía de dentro, a partir de un largo proceso de reflexión e interpretación. Con gran inventiva presentó una serie de argumentos e hipótesis, sustentados en el profundo conocimiento que tenía de la historia mexicana y su brillante capacidad para describir con precisión las raíces y las razones del fracaso del ser mexicano.

Se trató de un texto que provocó cierta desazón, que no pasó inadvertida. En él insiste en el recurso de la historia como instrumento y compromiso para plantearnos el futuro común. Recurriendo a un sinnúmero de pasajes históricos, reconocía el esfuerzo por constituirnos en nación, e insistía: “en la historia no se puede, sin impunidad, resucitar experiencias agotadas” (O’Gorman, 1997: 98).

O’Gorman se plantaba en el centro del acontecer nacional de su tiempo, de la decadencia de Occidente y del verdadero desafío entre la tradición y la aventura de la modernidad. Reconocía entonces que:

[...] todos estamos embarcados en la misma nave zozobran- te, y no habrá para nadie ningún asidero esencialista ontológico de dónde cogerse. Pero también podemos y quizá debemos comprender que se trata de una crisis preñada de la posibilidad de una mutación en trance de actualizarse y cuya condición será superar el egocentrismo nacionalista, iberoamericano o de cualquier otra especie o procedencia. Una mutación que

inaugure la grandiosa aventura y ventura de una cultura ecuménica sobre los logros y la experiencia –no sobre las cenizas– de la civilización universalista ya alcanzada. Conquistada la naturaleza exterior, se abre la perspectiva de la conquista de la interioridad del hombre con el descubrimiento de un objetivo común que sea capaz de generar el amor, el valor y la voluntad de sacrificio, que en su día han sabido generar el nacionalismo y sus empresas guerreras. Independientemente de una dirección sabia en resolver y satisfacer eso que hoy se llaman nuestras carencias –y añadido, nuestros excesos–, ese deseado despertar del trauma de nuestra historia se concreta, por una parte, en la renuncia a toda esa mitología que la enerva, y por otra parte, en tener clara conciencia de aquellas dos posibilidades de nuestro tiempo a fin de colaborar generosamente en el cumplimiento de la primera y con decisión y energía en el estorbo de la segunda (1997: 119).

En última instancia, el oficio de historiar resultó para O’Gorman una actividad esencial, ligada a su amor por México y lo mexicano, que lo llevaron a adentrarse en las aguas recónditas del pasado nacional, abrevando del pensamiento de quienes dieron sentido al concepto de patria y procedieron a la creación de nuestra nacionalidad.

La suya fue siempre una prédica por reconocer que la verdad histórica era apocalíptica, que había que buscarla sin desconfiar de la imaginación. Vivió fiel a su forma de pensar la historia, ajeno a lo fáctico y descriptivo para privilegiar la interpretación y el entendimiento de los procesos históricos, tan alejados siempre de la cientificidad que terminaba por acosar y limitar el trabajo propiamente histórico.

Por ello es que ahora, en los nuevos tiempos, reconocemos que la de O’Gorman fue una historia imprevisible, de

atrevidos vuelos, siempre en vilo, siempre en construcción, que partía de la imaginación y esgrimía como razón de ser la necesidad de mostrar la natural y riquísima variedad de lo individual humano como recurso para romper lanzas, una y otra vez, por la causa de la libertad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bataillon, Marcel (1953), "L' idée de la decouverte de L' Amérique chez les spagnols dés XVIe siècle, *Bulletin Hispanique*, París, t. LV, núm. 1.
- De las Casas, Fray Bartolomé (1967), *Apologética histórica sumaria* (edición preparada por Edmundo O'Gorman, con un estudio preliminar, apéndice y un índice de materias), dos volúmenes, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández, Justino (1968), "Edmundo O'Gorman, su varia personalidad", *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, UNAM.
- Herodoto, (1971), *Los nueve libros de la historia*, (Edmundo O'Gorman, pról.), México, Porrúa.
- O'Gorman, Edmundo (1937a), *Santo Tomás Moro y la utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, México, Alcanía.
- \_\_\_\_\_ (1937b), "Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la Geografía de México", *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*, México, Polis.
- \_\_\_\_\_ (1945), "Consideraciones sobre la verdad en historia", *Revista de Filosofía y Letras*, vol. X, núm. 20, oct.-dic., México.
- \_\_\_\_\_ (1949), "Lewis Hanke on the Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America", *Hispanic American Historical Review*, vol. XXIX, november, pp. 563-571.
- \_\_\_\_\_ (1954a), "Marcel Bataillon et l' idée de la decouverte de L' Amérique", *Bulletin Hispanique*, París, tomo VI, núm. 4,

- pp. 345-363. Un año después aparecieron ambos textos en español, Marcel Bataillon y Edmundo O’Gorman (1955), *Dos concepciones de la tarea histórica con motivo de la idea del descubrimiento de América*, México, UNAM/Centro de Estudios Filosóficos.
- (1954b), “Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla”, en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, UNAM/Ediciones de la Facultad de Derecho.
- (1964), “Hidalgo en la historia”, (Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia), *Memorias de la Academia*, México, Academia Mexicana de la Historia, vol. XXIII, núm. 3, julio-septiembre.
- (1966), *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Porrúa, Sepan cuantos..., núm. 45.
- (1969), *La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural de Condumex, Centro de Estudios de Historia de México.
- (1970), “Meditaciones sobre el criollismo”, discurso de ingreso a la Academia Mexicana Correspondiente a la Española, México, Centro de Estudios de Historia de México.
- (1986), *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM/ Instituto de Investigaciones Históricas.
- (1992), “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *Nexos*, núm. 175, julio, México.
- (1997), *México, el trauma de su historia*, México, UNAM.
- Ramos, Carmen (1968), “Edmundo O’Gorman como polemista”, en Justino Fernández, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, UNAM.
- Tucídides (1974), *Historia de la guerra del Peloponeso*, (introducción de Edmundo O’Gorman), México, Porrúa, Sepan cuántos..., núm. 290.